te menor que el de la segunda (1): esto es, si Madrid, por ejemplo, tiene 160,000 habitantes, México sin duda tiene mas de 200,000. Ha habido una gran variedad de opiniones sobre la poblacion de la capital moderna, como las hubo acerca de la antigua, y como las hay acerca de otras ciudades de primer órden [2]; pero habiéndose hecho en estos últimos años con mayor diligencia la numeracion, tanto por los párrocos, como por los magistrados, ha resultado que el número de habitantes pasaba de 200,000, aunque no se sabe con exactitud cuántos son los que esceden esta cantidad. Puede formarse alguna idea de aquella poblacion por la cantidad de pulque y de tabaco que se consume en ella diariamente [3]. Cada dia entran en sus muros mas de 6,000 arrobas de pulque. En todo el año de 1774 entraron 2,214,294½ arrobas, no incluyendo en este cómputo el que se introdujo de contrabando, ni el que vendieron los indios exentos en la plaza mayor. Esta gran cantidad de pulque no es mas que para el consumo de los indios y mulatos, cuyo número es inferior al de los europeos blancos y criollos, entre los cuales hay muy pocos que usen de aquella bebida. El impuesto sobre ella sube solo en la capital á 280,000 pesos anuales, poco mas ó ménos. El consumo de tabaco de humo en la misma importa cada dia cerca de 1250 pesos, lo que al año forma mas de 450,000. Debe tenerse presente que son pocos los indios que fuman. Entre los criollos y europeos hay muchísimos que no tienen aquella costumbre, y entre los mulatos, algunos. ¿Y habrá quien dé mas crédito al cálculo de Mr. de Paw que á las matrículas de aquella capital, y quien aprecie mas el juicio de un prusiano moderno, tan estravagante en todo lo que escribe sobre la capital de México, que al de tantos escritores antiguos, que por sí mismos la vieron y observaron?

De la capital de Texcoco sabemos por las cartas de Carlos V, que tenia cerca de 30,000 casas: mas esto debe entenderse de aquella parte de la poblacion que propiamente se llamaba *Texcoco*; pues comprendidas las otras tres ciudades de Coatlichan, Huexotla y Atenco, que, segun el mismo Cortés, podian considerarse como un solo pueblo, su circuito era mayor que el de México. Torquemada, apoyado en el testimonio de Sahagun, y en el de los indios, asegura que en aquellas cuatro ciudades se contaban 140,000 casas; y si queremos disminuir la mitad de este número, todavía queda una poblacion considerable. Ningun historiador habla de la de Tlacopan, aunque todos convienen en que era muy vasta. De la de Xochimilco sabemos que era la mayor de todas aquellas ciudades despues de las capitales. Cortés afirma que en Iztapalapan habia de 12 á 15,000 hogares; en Mixcoac cerca de 6,000; en Huitzilopochco de 4 á 5,000; en Acolman, 4,000; otros tantos en Otompan, y 3,000 en Mexicalzinco. Chalco, Azcapozalco, Coyoacan y Cuauhtitlan eran, sin comparacion, mayores que estas últimas. Todos estos y otros muchisimos pueblos estaban edificados en el valle de México, y su vista ocasionó no ménos admiracion que miedo á los españoles conquistadores, cuando por primera vez observaron desde las cimas de los montes aquel

(1) Es cierto que á proporcion del esceso de una ciudad sobre otra en el número de los nacidos y muertos, deberá ser el esceso del número de los habitantes, y no hay medio mas seguro de hallar este número en una ciudad populosa, que el de saber el de los que nacen y mueren en ella, con tal que se adopten las precauciones convenientes.

[2] Basta saber la diversidad de opiniones que ha reinado mucho tiempo sobre la poblacion de Paris. Leonel Waffer, viajero inglés, creyó que en México habia 300,000 almas; Gemelli opinó que eran 100,000; el misionero Tallandier 60.000: un viajero moderno que pasó á México despues de haber visto toda Europa, y los principales paises de Asia, era de parecer que no habia en México ménos 1,500,000 habitantes. Este disparató por esceso, y Tallandier por defecto.

[3] El pulque no se puede guardar para otro dia, y cada dia se consume todo el que se introduce. La nota del consumo diario de pulque y tabaco en México se ha tomado de una carta escrita por uno de los mejores calculadores de aquella aduana, escrita á 23 de febrero de 1775.

delicioso punto de vista. Lo mismo les sucedió cuando vieron á Tlaxcala. Cortés en su carta á Carlos V habla así de esta última ciudad: "Es tan grande y maravillosa, que aunque yo omita mucho de lo que pudiera decir, lo poco que diré parecerá increible; porque es mayor y mas poblada que Granada, cuando se tomó á los Moros, harto mas fuerte, con tan buenos edificios, y mucho mas abundante en todo."

Del mismo modo se esplica el conquistador anónimo: "Hay allí muchas grandes ciudades, y entre ellas la de Tlaxcala, que en algunas cosas se parece á Segovia, y en otras á Granada; pero es mas poblada qne cualquiera de estas." De Tzinpantzinco, ciudad de aquella república, dice Cortés (1) que habiéndose hecho el padron por su órden, resultaron 20,000 casas. De Huexotlipan, que pertenecia al mismo estado, dice que tenia de 4 á 5,000 hogares. En Cholula cuenta cerca de 20,000 casas, y casi otras tantas en las poblaciones vecinas, que podian considerarse como sus arrabales. Huexotzinco y Tepeyacac eran émulas de Cholula en estension. Estos son algunos de los pueblos que vieron los españoles ántes de la conquista, omitiendo otros muchos, cuya importancia consta por la deposicion de los mismos, y de otros historiadores.

No ménos se infiere la muchedumbre de habitantes de aquellos paises, del innumerable concurso que se notaba en los mercados, de los grandes ejércitos que se armaban cuando era necesario, y del gran número de bautismos que se confirieron despues de la conquista. En la Historia he hablado largamente del gentío que asistia á los mercados, fundándome en el dicho de muchos testigos oculares. Podria sospecharse alguna exageracion en los conquistadores acerca del número de las tropas contra las cuales combatian; mas nó así con respecto al de sus confederadas, pues cuanto mayor fuese el número de estas, tanto ménos dificil y glorioso debia parecer el triunfo. Y sin embargo el conquistador Ojeda contó 150,000 hombres en los ejércitos aliados de Tlaxcala, Cholula, Tepeyacac y Huexotzinco, cuando les pasó reseña en Tlaxcala, para ir á la conquista de México. El mismo Cortés dice que las tropas aliadas, que lo acompañaron á la guerra de Cuauhquechollan, pasaban de 100,000 hombres, y de 200,000 con mucho los que lo ayudaron en el asedio de la capital. Por otra parte, los sitiados eran tantos, que habiendo muerto durante el asedio mas de 150,000, como he dicho en la Historia, cuando los españoles se apoderaron de la ciudad, y mandaron salir de ella á todos sus habitantes, por espacio de tres dias y tres noches, se vieron continuamente llenos los tres caminos, de gente que iba á refugiarse á otros pueblos, como dice Bernal Diaz, que estuvo presente. En cuanto al número de bautismos, sabemos por el testimonio de los mismos religiosos que se emplearon en la conversion de aquellos pueblos, que los niños y adultos bautizados solamente por los PP. franciscanos [1] desde el año de 1524 hasta el de 1540, fueron mas de 6,000,000, la mayor parte de los cuales eran habitantes del valle de México y de las provincias vecinas. En este número no se incluyen los bautizados por los clérigos, por los domínicos, por los agustinos, entre los cuales, y los franciscanos se dividió por entónces aquella abundantísima mies; y por otro lado es cierto que hubo innumerables indios que se mantuvieron obstinados en su gentilismo, ó que no recibieronla fe de Cristo sino muchos años despues. Las estrepitosas controversias suscitadas en aquellos paises por algunos religiosos, y sometidas á la decision del papa Paulo III, nos hacen ver que de resultas de la estraordinaria y nunca vista muchedumbre de catecúmenos, se vieron obligados los misioneros á

[1] Cortés habla de esta ciudad sin nombrarla; pero del contesto se infiere que alude á ella. Torquemada lo dice espresamente.

[1] Toribio de Benavente, ó Motolinía, uno de aquellos religiosos, bautizó por sus manos mas de 400,000 indios, de los que llevó cuenta escrita.

omitir algunas ceremonias del bautismo, y entre ellas la de la saliva, pues se les secaban la boca, la lengua y las fauces.

Desde el descubrimiento de México hasta nuestros dias, ha ido disminuyendo continuamente el número de indios. Ademas, de los infinitos millares de ellos que perecieron en el primer contagio de las viruelas en 1520, y en la guerra de los españoles, la epidemia de 1545 arrebató 80,000, y en la de 1576 murieron mas de 2,000,000 solo en las diócesis de México, Puebla de los Angeles, Michuacan y Oaxaca. Estos datos resultan de las notas presentadas por los curas al virey. Sin embargo de esta vasta destruccion, el cronista Herrera que escribió á fines del siglo XVI, dice, fundándose en los documentos enviados por el virey de México, que en las diócesis de la Puebla de los Angeles y de Oaxaca, y en las provincias del obispado de México, próximas á la capital, se contaban en aquel tiempo 655 pueblos principales de indios, y otros innumerables menores, dependientes de aquellos, en los cuales habia 900,000 familias de indios tributarios. Pero es necesario saber que en esta clase no se comprenden los nobles, los Tlaxcaltecas, ni los otros indios de aquellos que ayudaron á los españoles en la conquista, los cuales fueron exentos del tributo en atencion á su nacimiento ó á sus servicios. El mismo Herrera, bien instruido en estos asuntos, dice que en su tiempo se contaban en la capital 4,000 familias españolas y 30,000 casas de indios. Desde entónces ha ido disminuyendo el número de estos, y aumentando el de aquellos.

Mr. de Paw responderá, como acostumbra, que todas las pruebas de que me he valido para demostrar la gran poblacion de México, valen ménos que nada; pues aquellos documentos provienen de soldados toscos y perversos, ó de religiosos ignorantes ó supersticiosos: pero aunque mereciesen todos estos epítetos los escritores de cuya autoridad me he valido, lo que es enteramente falso, su uniformidad bastaria para darles gran valor. ¿Quién podrá creer que Cortés y los oficiales que con él firmaron sus cartas, se atreviesen á engañar á su rey, pudiendo fácilmente ser desmentidos por tantos centenares de testigos, entre los cuales habia muchos que los miraban con envidia y con odio? ¿Seria posible que tantos escritores, así españoles como indios, se pusiesen de acuerdo en exagerar la poblacion de aquellos paises, y que no hubiese uno solo entre ellos que respetase el juicio de la posteridad? De la veracidad de los primeros misioneros no cabe duda: fueron hombres de vida ejemplar y de gran doctrina, escogidos entre muchos para predicar el Evangelio en aquel Nuevo-Mundo. Algunos de ellos fueron profesores en las mas célebres universidades de Europa; habian obtenido las primeras dignidades en sus respectivas órdenes, y habian sido dignos del favor y de la confianza de Carlos V. Los honores á que renunciaron en Europa (1), y los que no aceptaron en América, manifiestan claramente el desinteres del celo que los animaba: su voluntaria y rígida pobreza; su continuo trato con Dios; sus indecibles fatigas en tantos y tan dificiles viajes, hechos á pié y sin recursos; su constancia en tantos y tan penosos ministerios, y sobre todo, su caridad llena de compasion y dulzura para con aquellas afligidas naciones, harán siempre venerable su memoria en los paises que edificaron con su predicacion y con su ejemplo, á despecho de Mr. de Paw y de cualquier otro maligno escritor, á quien basta reconocer en otro la calidad de religioso para despreciarlo é injuriarlo. En los escritos de aquellos hombres inmortales se descubre un carácter tan poco equívoco de sinceridad, que no es posible dudar de la exactitud de sus noticias. Es verdad que á los ojos de Mr. de Paw cometieron un crímen imperdonable, cual fué el de quemar como supersticiosas la mayor parte de las pinturas históricas de los Mexicanos. Yo aprecio

(1) Entre los quince primeros misioneros franciscanos hubo seis que renunciaron los obispados que les quiso conferir Carlos V.

mucho mas que Mr. de Paw aquellas pinturas, y me duele mas que á él su destruccion; mas no por esto vilipendio á los autores de aquel deplorable incendio, ni ultrajo su memoria; pues aquel mal, á que los indujo un celo demasiado ardiente y no bien dirigido, no puede compararse con los grandes bienes que en otros ramos hicieron: ademas de que algunos de ellos procuraron reparar aquella pérdida con sus escritos, y así lo hicieron Motolinía, Sahagun, Olmos y Torquemada.

Pero Mr. de Paw se ha empeñado de tal manera en disminuir la poblacion de aquellos paises, que llega á decir, (¿quién lo creeria?) en tono decisivo y magistral, que no habia en todos ellos otra ciudad que la de México. Oigámoslo hablar para divertirnos un poco: "No habiéndose descubierto en todo el territorio mexicano algun vestigio de ciudades antiguas de indios, es claro que no habia allí mas que un solo lugar que tuviese alguna apariencia de ciudad, y este era México, que los escritores españoles quisieron llamar la Babilonia de las Indias; pero ya hace tiempo que no nos engañan los nombres magníficos dados por ellos á las miserables aldeas de América."

Cuantos historiadores han escrito de las cosas de México, afirman unánimemente que todas las naciones de aquel vasto imperio vivian en sociedad; que tenian muchas poblaciones grandes y bien ordenadas, designando por sus nombres las ciudades que vieron. Léanse las cuatro Cartas de Cortés á Carlos V; la Historia de la Conquista, por Bernal Diaz del Castillo; la curiosa é ingenua relacion del conquistador anónimo; los MSS de Motolinía, Sahagun y Mendieta; las obras del obispo Las Casas; las cartas de Pedro Alvarado, Diego Godoy y Nuño Guzman, que se hallan en la Coleccion de Ramurio, todos ellos testigos oculares: á los que se deben añadir todos los historiadores mexicanos, acolhuas y tlaxcaltecas, principalmente los que he nombrado en el catálogo que se halla á la cabeza de esta obra. Los que viajaron por aquellas regiones en los dos siglos y medio que siguieron á la conquista, vieron por sus ojos las poblaciones de que hablan los historiadores antiguos, en los mismos sitios que ellos habian indicado: así que, ó Mr. de Paw se imagina que los historiadores anunciaron proféticamente las poblaciones futuras, ó confesará que desde entónces estaban donde están ahora. Es cierto que los españoles han fundado muchas ciudades, como la Puebla de los Angeles, Guadalajara, Valladolid, Veracruz, Celaya, Potosí, Córdoba, Leon, &c.; pero estas, con respecto á las fundadas por los indios, á lo ménos en el territorio mexicano, están en la proporcion de ménos de uno á mil. Sus nombres, conservados hasta ahora, demuestran que no fueron españoles los que las fundaron, sino indios. Que estos pueblos, de que tantas veces hago mencion en mi Historia, no eran miserables aldeas, sino grandes poblaciones y ciudades bien construidas como las de Europa, consta por el dicho de todos los escritores que las vieron.

Mr. de Paw quisiera que se le enseñasen vestigios y ruinas de las ciudades antiguas: algo mas le enseñaremos si quiere: esto es, ciudades antiguas existentes todavía. Y sin embargo, si se obstina en querer vestigios, vaya á Texcoco, á Otumba, á Tlaxcala, á Cholula, á Huexotzinco, á Cempoala, á Tula, &c., y verá tantos, que no podrá dudar de la grandeza de las ciudades americanas.

Este gran número de ciudades y de lugares habitados, á pesar de la muchedumbre de personas que morian anualmente en los sacrificios y en las continuas guerras de aquellos pueblos, es una prueba irrecusable de la gran poblacion del imperio de México y de los otros paises de Anáhuac. Si nada de esto basta á convencer á Mr. de Paw, le aconsejo caritativamente que se meta en un hospicio.

Los argumentos de que me he valido contra este escritor, pueden servir tambien para responder al Dr. Robertson, el cual, viendo tantos testigos contrarios á su parecer, echa

mano de un subterfugio semejante al del calor de la imaginacion, que empleó hablando de los trabajos de fundicion, elogiados por tantos historiadores. Tratando de la sorpresa que produjo en los españoles la vista de las ciudades del territorio de México, dice así en el libro VII de su Historia: "En el primer arrebato de su admiracion, compararon á Cempoala, aunque ciudad de segunda ó tercera clase, con algunas de las principales de su pais. Cuando despues vieron sucesivamente á Tlaxcala, Cholula, Tacuba, Texcoco y México, creció tanto su asombro, que exageraron su grandeza y poblacion hasta los límites de lo increible. Conviene por tanto disminuir gran parte de lo que dicen acerca del número de habitantes en aquellos pueblos, y rebajar algo el cálculo de su poblacion." Así lo manda Robertson, y yo estoy dispuesto á obedecerlo. Si los españoles hubieran escrito sus cartas, historias y relaciones en el primer arrebato de su admiracion, podria sospecharse que el asombro los indujo á exagerar; pero no sucedió así. Cortés, el primero de los historiadores de México, en cuanto á la antigüedad, no escribió su primera carta al emperador, sino año y medio despues de su llegada al continente de América; el conquistador anónimo, algunos años despues de la conquista; Bernal Diaz del Castillo, despues de mas de 40 años de continua permanencia en el territorio mexicano, y así los otros. ¿Es posible que durase un año, veinte, y mas de cuarenta años aquel primer arrebato? ¿Y de dónde pudo provenir su asombro? Oigámoslo del mismo Dr. Robertson: "Los españoles acostumbrados á esta clase de habitaciones [cabañas aisladas] entre las tribus salvajes, de que ya tenian noticia, quedaron atónitos al entrar en la Nueva-España, y al ver á los habitantes reunidos en grandes ciudades semejantes á las de Europa." Pero Cortés y sus compañeros, ántes de ir á México, sabian muy bien que aquellos pueblos no eran salvajes, y que sus casas no eran cabañas; por que todos los que un año ántes habian hecho aquel viaje con Grijalva, sabian que los indios tenian bellas poblaciones, compuestas de casas bien hechas de cal y canto, con altas torres, como dice Bernal Diaz, cuya autoridad es de tanto peso, por ser hombre sincero y haber visto las cosas que describe. No era pues aquella la causa de su asombro, sino la verdadera grandeza y muchedumbre de las ciudades que se ofrecian á sus ojos. "No es estraño, añade Robertson, que Cortés y sus compañeros, poderosamente escitados á ponderar las cosas, para exaltar el mérito de sus descubrimientos y conquistas, cayesen en el error comun de traspasar en sus descripciones el límite de la verdad." Pero Cortés no era loco y, conocia que con exagerar el número de sus aliados, en lugar de exaltar su propio mérito, disminuia la gloria de sus conquistas: sin embargo, confiesa muchas veces que en sus empresas lo auxiliaron 80,000 y 100,000 y 200,000 aliados; y así como estas ingenuas confesiones manifiestan su sinceridad, así tambien aquellos numerosos ejércitos demuestran la gran poblacion del pais. Ademas, el Dr. Robertson supone que cuanto escribieron los autores españoles sobre el número de las casas de las ciudades mexicanas, fué solamente por conjetura y calculando á ojo; pero no fué así, pues el mismo Cortés asegura en su primera carta al emperador Carlos V que habia mandado hacer la matrícula de las casas que comprendia el distrito de la república de Tlaxcala, y que resultaron 150,000, y mas de 20,000 en la ciudad de Tzimpantzinco.

DISERTACION VIII.

RELIGION DE LOS MEXICANOS.

En esta Disertacion no pienso habérmelas, como en las otras, con Mr. de Paw; pues reconoce ingenuamente la semejanza que hay entre los delirios de los americanos y los de las otras naciones del continente antiguo, en materia de religion. "Como las supersticiones religiosas de los pueblos de América, dice, han tenido una semejanza notable con las que han adoptado las naciones del continente antiguo, no he hablado de estos despropósitos, sino para hacer una comparacion entre unas y otras, y para hacer ver que á pesar de la diversidad de climas, la debilidad del espíritu humano ha sido constante é invariable." Si hubiera hablado con este juicio en otras ocasiones, me hubiera ahorrado el trabajo de sostener tantas dispustas, y hubiera evitado las graves censuras que han hecho de sus Investigaciones algunos sabios de Europa. Yo me dirijo en este trabajo á los que, por ignorancia de lo que ha pasado y pasa en el mundo, ó por falta de reflexion, se han espantado tanto al leer en la historia de México, la crueldad y la supersticion de aquellos pueblos, como si fuera una cosa jamas vista ni oida en el mundo. Les haré ver el error que padecen, y demostraré que la religion de los Mexicanos fué ménos supersticiosa, ménos indecente, ménos pueril, y ménos irracional que la de las mas cultas naciones de la antigua Europa, y que de su crueldad se hallan ejemplos, y quizás mas atroces, en casi todos los pueblos del mundo.

El sistema de la religion natural depende principalmente de la idea que los hombres se forman de la Divinidad. Si conciben al Ser Supremo como un padre lleno de bondad, cuya providencia vela sobre todas sus criaturas, las prácticas religiosas estarán llenas de demostraciones de amor y de respeto: si por el contrario, se presenta como un tirano inexorable, el culto será sanguinario. Si los hombres creen en un Ser Omnipotente, su veneracion se dirigirá á uno solo; pero si se le atribuye un poder limitado, se multiplicarán los objetos del culto. Si se reconoce la santidad y la pureza de su esencia,